

EL OTRO HOLLYWOOD

Eve Babitz

DEDICATORIA

Principalmente, a Mae y Sol Babitz.

Pero también a Mirandi y Laurie, que viven junto al mar.

Y Diane Gardiner, sin la cual se habrían pasado por alto menos rarezas.

Y a Earl McGrath, a quien, lo admito, le debo Todo.

Y al presidente de mi discográfica favorita, Ahmet Ertegun.

Además de a cualquier otro Ejecutivo de Atlantic Records que me haya invitado a cenar, piense hacerlo o me haya dicho alguna vez: «Ten, haz la portada de este disco».

Y a Annie Leibovitz y su compañero fiel, Ciudadano Wenner, que recogen musgo en el Norte. Y a Grover Lewis, que disipa melancolías con sus ojos azules en una ciudad triste de alfombras azules, Texanamente. Y a Sara y Charlie y la chica de la coca.

Y a Brian G. Hutton, siempre el Príncipe, pero nunca, gracias a Dios, Don Perfecto.

Y a Carol Grannison-Killorhan, anfitriona de santuarios y cocinera de ocas.

Y a mi agente de Hollywood favorito, Mike Hamilburg, de ojos verdes. Y a mi editor de Boston favorito, Seymour Lawrence, un cliente exigente.

Y a Ginny Ganahl, si tienes que preguntar, nunca lo sabrás.

Y al hotel Beverly Hills.

Y a Robert L. Marchese, mi compañero de conversaciones sobre Lawrence de Arabia. (Un bellezón.)

Y a Marva, la mejor peluquera del mundo, y además te deja guapa.

Y a la Rainier Ale.

Y a Andy Warhol y Paul Morrissey, para quienes haría cualquier cosa con tal de que pagaran.

Y a los Didion-Dunne, por ser lo que no soy.

Y a Ned Doheney, postales de los espléndidos pavos reales de Hollywood.

Y a todos los bellezones artistas, en especial, a Ron Cooper, el poseído, y a Wudl y a Larry Bell, el maestro del cristal, y a Billy Al Bengston, a quien pido disculpas por apagar un cigarrillo en su suelo blanco hace 10 años. Y a Kenny Price. Y a Ed Ruscha,

un hombre de gustos sencillos pero nadie hace alas así, o sea que se ha quedado con un Rolls blanco y sin alas.

Y a Barney.

Y a Derek Taylor. Diles lo grande que soy, Derek. Como cuando me presentaste a un Beatle como «la mejor chica de América».

Y a Robert y Harry Deustch, por su persistencia impresionante. Pero no a Phyllis.

Y a Marie, una amiga.

Y a L. Rust Hills, por el cuento del helado y el de tomar partido y los anagramas. Ese Esquire se cae a pedazos. Babe Vizet es mío.

Y a los huevos Benedict y al Beverly Wilshire.

Y a Ingolf Dahl, a Clark House y a otros del pasado.

Y a Jim Morrison, siguiendo los pasos de Rimbaud.

Y a Stephan Stills, por «Everydays» y por permitirme encargarme del grafismo.

Y al lenguado de Musso's, a la florentina de berenjena, al tipo que prepara las tortitas y a mi amigo del aparcamiento (no el de planta, al que te aparca el coche, el joven). Y a los buñuelos de cangrejo de Don the Beachcomber.

Y a Joseph Heller, a Speed Vogel y al tipo que se fugó con la niñera. Y a la inspiración de Milo Minderbinder.

Y a Anne Marshall, una bella amiga para todos nosotros.

Y a Michelle Guilliane, por llamar antes de traerme a Kim Fowley a casa.

Y a Kim Fowley, al menos por los 6 dólares.

Y a Van Dyke Parks, por nada por lo que se digne a saludar.

Y a Simon Rodia.

Y a la majestad de las montañas púrpuras sobre la llanura y sus frutos.

Y a Linda Ronstadt por «Long, Long Time», los pendientes, Arizona y esa voz, Dios mío.

Y a Glen Frey de los Eagles, para que no me retire la palabra.

Y a la sección de crítica literaria del New York Times y a cada uno de sus críticos.

Y a Chuck Berry, un guapo de ojos castaños que sabe lo que le gusta aunque sea el césped artificial y los televisores de 21 pulgadas. Y a Bo, por contarnos lo de la cama.

Y a Sara Harrison, a Noel Harrison, a Simon Harrison, a Harriette Harrison, a Kathy Harrison, a Zoe (mi amiga) Harrison, a Margaret Harrison y a los nuevos gemelos.

Y a Stuart Reed, en quien creo.

Y a Jackson Browne de todos modos.

Y a Billy James, que me salvó.

Y a Virginia Team, como la conocen aquellos que la conocen.

Y a Aivars Perlback.

Y a Pauline Kael, a quien descubrimos un feliz día en KPFA y cuyas frases tampoco son correctas sintácticamente. (Me dijo lo mismo. Me quedé de piedra.)

Y a la futura buena voluntad de Consumer's Liquor, la mejor licorería de Estados Unidos y muy bien bautizada.

Y al Chateau Marmont.

Y a Joseph Cornell. Un Artista de Verdad.

Y a la tempura.

Y a Camilla McGrath.

Y a Terry Melcher, por Culver City Blues Again.

Y a Dickie Davis, por su lealtad a pesar del suelo manchado del lavabo de señoras del Troubadour.

Y al doctor Boyd Cooper, ginecólogo extraordinario.

Y a Kate Steinitz, a quien le gustaban mis colegas antes de que los tuviera.

Y a Jock, Michaela, a Nini, a Jocky, Brook, a los huesos picantes imposibles, a la tarta de queso y berros, a cualquier cosa con vinagreta y un buen vino.

Y al señor Major, siento haber salido así.

Y a la tierra, a la playa, a los árboles, a las colinas, al cielo, al edificio Bradbury, a Broadway Hollywood y a todas las flores de primavera.

Y a Marc Foreman y Wilhelm Reich.

Y a las autovías.

Y a Dan, a la señora Alcerro y al episodio Valentino.

Y a Orson Welles, la luz de mi vida.

Y a los tiempos inmemoriales y a la suspensión de la incredulidad.

Y a Connie Freiberg, las cruces que carga hechas de cabello de ángel pero que pesan en unos hombros tan quemados.

Y a Marcel Proust.

Y a Sally Stevens.

Y a «LUNCH Poems».

Y a Sandy & John Gibson, arrinconados.

Y a Fred Roos, otro Jeque que podría haber protagonizado esta película, y a su perro silencioso, Rover.

Y a Alan Sororti, nuestro miembro de la asamblea a dieta.

Y a las pastas de té, a los conejos de chocolate, a Pupi's, Clifton's y a las flores de calabacín fritas à la Ron Cooper.

Y a David Anderle y a Michael Monroe por elevar el tono.

Y a Michael McClure, cuyos secretos están a buen recaudo en la cabeza de Jean Harlow.

Y a Marshall Ephron, por el primer libro, y al mariachi Ubu.

Y a Kuilli Anton, la chica más bella de Lake Arrowhead.

Y a Bonnie Jean, a The Fred C. Dobbs y al chile psicodélico.

Y a la crema agria.

Y al Hawaii Theater de mi juventud.

Y a Les Noces.

Y a Terry O'Shea y sus tiras mágicas que brillan en la oscuridad hechas de marfil y esmeraldas de plástico y que no debería haberle contado a nadie.

Y a Joyce Haber y su Francis Albert, una Saga de L. A.

Y a Jack Smith, el cronista travieso.

Y a Claudia Martin, por la vida de Ginny.

Y a David Geffin y al Picasso perdido encontrado en Silver Lake. Yo sigo pensando, David, que Picasso vino y se lo llevó.

Y a Colman, por el vino.

Y a la señora Bungay, por el abrigo de pieles de Año Nuevo, porque sí.

Y por aquel Año Nuevo y por Wudl, un Dill y un Arnoldi en casa de Berrigan y la salsa mole. No, Arnoldi pasó.